



La casa que André Bloc se hizo en la playa de Carboneras.

Arquitectura popular almeriense.



EL IMPENITENTE NOMINALISMO DE CARBONERAS

Hoy el nominalismo es un método de inducción matemática, Heisenberg lo practicó con genialidad. En los siglos pasados el nominalismo era ciencia tan abstracta como la de hoy. Pero, derivado del hebreo bíblico, consistía en una interrogación permanente de los nombres, capaces, por su estructura semántica, de revelar la significación profunda de los seres o lugares que designaban. Será seguramente vicio profesional. No me resisto nunca a ver Carboneras de Almería a la luz magnética de su nombre. Primeramente, su nombre. Después, su sol. Que la claridad de uno no disimula, como diría el refrán, la luminosidad del otro.

Si por corto realismo se considera el pueblo, sentado en su playa, semejante, desde lejos, a cualquier *voguin* vestido de blanco en posición de *lotus*, Carboneras no es nada más que una masa arquitectural salvada por la pobreza de los medios de construcción. La falta de materiales, la obligación de utilizar los cuatro elementos locales, regalados con parsimonia por la naturaleza, la ausencia de posibilidades han condicionado la obra popular. Las casas sin pisos, las paredes de piedra y tierra, los techos de maderos con cañas, la piel tendida de la cal sobre el yeso dulce, acariciado por la mano —gracias al defecto del palustre— todo responde, con ingenuidad, a la modestia de los componentes, todo aquí exalta la fuerza genuina de la ingeniosidad que compensa, con amor y tiempo, la poca generosidad de las cosas. Los ángulos redondos de los muros, con su característica manera de romper la línea, juegan con la luz del sol, huecos grises, triángulos de sombra, evocando las composiciones cubistas de Juan Gris o del Picaso blanco y negro de Guernica. En mi entusiasmo por Carboneras, la sutileza de esos ángulos cuenta tanto como otro motivo.

La jubilación óptica hace rápidos negocios con el alma. ¿No dicen aquí que las cosas importantes entran por los ojos? Comida, casa, mujer, caballo, pueblo. Quien no ha visto Carboneras desde la altura entre la corrida de cerros pelados bajando hacia el fuerte azul del mar, no puede imaginar el lirismo que nos emborrachó en nuestra primera llegada. Una contagiosa propensión a no irse más, a elegir ya un nicho en el palomar sin tristeza del campo santo local, a prever una vida para este sitio, tal fue la fiebre augural que atacó, en menos de un mes, la totalidad de las personalidades de París que habían emprendido el riesgo del desplazamiento. Hans Hartung, Andre Bloc, le docteur Tomatis, Pillet, Soto, seguidos después por Leopard, Tacchis, no era solamente la escuela de pintura que elegía a Carboneras como su capital plástica de verano. Abogados de los Champs Elysées entre los más célebres, banqueros convertidos a la sensibilidad de las formas por la valiosa enseñanza de sus colecciones de pintura, arquitectos tan importantes como Clement Olivier Cacoub, gran constructor de palácios para Jefes de Estado, venían aquí con la convicción, que parecía utopía, de dar a esa belleza natural del pueblo marino un destino segundo, una vocación supletoria, un alma de más, insuflada con inteligencia y precaución.

Hacer de Carboneras un lugar. Tomo esa última palabra con la fuerza bíblica con la cual la emplea Cervantes en la primera línea del Quijote. No solamente romance sino alusión teológica. El lugar es sitio geográfico y mental. Se debía llegar en el nuestro —Carboneras de Almería— con un respeto específico del pensamiento, del racionalismo a construir, de la síntesis a operar por la salvación de lo que los Colombianos dicen en su

rezo del mes de mayo que es el alma del Quijote (Kyrie eleison) que es, para la fanática comentarista que soy de la Historia prodigiosa, la finalidad misma de las culturas humanas, crear su versión universal, resolverse en una lengua única, como ya fue posible, un momento, en Babel, destruída por su error evolutivo, su falsa apreciación del espíritu del momento. Pero, en Carboneras de Almería, en estos años ya movidos por la subversiva andanza de los siglos maltrechos que nos condicionan ahora, el espíritu del momento parece conforme con la necesidad de una reflexión unitaria, capaz de dotar al hombre de una sabiduría nueva y planetaria. ¿Por qué no? Si ya la rotundidad de esa vida en la tierra puede ser observada desde la luna, con toda la distancia requerida por una sana y sintética apreciación.

Yo, en los años 63, venía, con ilusión, en busca de España. Encontré Carboneras como se descubrió América. Me planté aquí con todas mis raíces, con la furia del árbol. Venía con un programa. Devolver a España la fantástica enseñanza que me había revelado el Quijote, leído quince años con la atención en el escrutinio que pedía por él, con su ejemplo, el cura Pedro Pérez, investigando en la biblioteca. Me parecía justo reanudar entre el país y la lección. Trabajé aquí siete años, con el propósito de reanudar el pensamiento cervantino con la ciencia moderna, en un esfuerzo de analogía típicamente actual. Carboneras, entonces, fue el lugar de este otro acercamiento: la reflexión evolutiva tal como se depositaba en un libro, gracias a la pluma del Príncipe de los Ingenios del Siglo de Oro y la reflexión universalista de la ciencia tal como se ve, cuando se consulta, a través de sus libros en el Estado actual del conocimiento.

Realizando, paso a paso, este programa intelectual, varios libros nacieron ya en Carboneras. Los publiqué, atrayendo, en el mismo pueblo, a lectores interesados por esta operación intelectual. Cada día, es verdad, curiosidades nuevas se dirigen hacia nosotros desde fuera. Cada verano aumenta el número de los fervientes discípulos del espíritu segundo del país. Ya, un estudio colectivo empieza a realizarse. Cada julio, cada agosto, favorece el progreso de nuestra meditación. ¿Por qué no haremos de Carboneras un pueblo consagrado al pensamiento que se forja allí? En India existen lugares especializados para obras semejantes: los *ashram*. ¿Qué contestarán los incrédulos, si ya el nombre mismo de Carboneras se declara en favor de la iniciativa?

En hebreo, cuyo origen no es improbable, se descompone en el verbo *carbón* y el nombre *eret*. Tierra del acercamiento ¿Cómo oponerse a la llamada tan profunda del país, a través de la etimología posible de su nombre? Carboneras de Almería, tierra del acercamiento en dirección de la luz universal, porque así es, también en hebreo, el sentido de *al Morya*.

Sé que la tradición local prefiere y vota por el arabismo de las palabras. No quiero aquí pecar de autoridad. No digo que así sea. Digo solamente que en el eco, en la resonancia idiomática de la Biblia, cuyo texto inspira a Quijote (se pronunciaba entonces Quichote, lo que significa Verdad, vegetación, verdad asimilable y evolutiva en mi diccionario analógico) digo, pues, que la verdad de unos con la de otros, se puede casar en la buena sombra del nombre de mi pueblo.

Dominique AUBIER
Carboneras, mayo 1970